

DOS LINGÜISTAS HABLAN SOBRE SU CAMPO DE ESTUDIO

por
Laurent Aubague

Desde hace algún tiempo, y por múltiples y complejas razones viene surgiendo una polémica internacional sobre el quehacer de la lingüística: sus posibilidades reales, sus límites, sus perspectivas como ciencia. Dos maestros de la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH) se suman a este debate, entablando una polémica alrededor de los temas indicados.

Presentamos sus respectivas tomas de posición desde luego que no sólo no podrían agotar la vastedad de los temas, sino que se limitan a reflexionar sobre aspectos generales, dejando para otro número de *Cuicuilco* el debate sobre problemas específicos ligados a la investigación antropológica, tales como el de la etnolingüística.

Contrariamente a la lingüística de Saussure y sus herederos, que hacen de la lengua un objeto abstracto ideal, se dedican a ella como sistema sincrónico homogéneo y rechazan sus manifestaciones (la enunciación) como individuales, surge —desde una óptica ideológica diferente— la necesidad de enfatizar la enunciación, y afirmar su naturaleza social, dado que la palabra está ligada indisolublemente a las condiciones de comunicación, que están siempre ligadas a su vez a las estructuras sociales.

Si la enunciación es el motor de los cambios lingüísticos, ella no es la consecuencia de acciones individuales.

FIESTA AL LENGUAJE

La Lengua ni es un sistema de signos, ni es un proceso de engendramiento. Es ante todo una gran fiesta. ¡Pobre Saussure y tierno anarquista Chomsky, ya empiezan a temblar frente a esta impostura! Pero, ¿quién ha dicho que "el punto de vista crea el objeto"? El mío será el de la fiesta porque es urgente salvar al lenguaje de la ciencia. Me justifico: hay tanta arbitrariedad en hablar de lo arbitrario del signo como en afirmar que el lenguaje debe ser considerado de nuevo como un acto mágico. Arbitrariedad contra arbitrariedad, elijo la poesía. Quien puede creer, sin la menor duda, que la ciencia es más justificable que la locura de la palabra poética que se retuerce en nuestras bocas? Creer incondicionalmente en la ciencia es un acto religioso que nos sirve para esconder que la invención del lenguaje nació tal vez de una actitud religiosa. El lenguaje es un rezo dirigido al orden de la necesidad. No hay ninguna razón para creer que es más normal en el hombre que en todos los que la naturaleza prefirió dejar callados. El hombre inventó al lenguaje porque tuvo miedo al ver que era el único ser en posición vertical que podía hacer una infinidad de música moviendo sus labios. Hizo también surgir las palabras de las tinieblas para protegerse contra su ausencia de pelos y plumas. Al nacer desnudo, el hombre tuvo que aprender a vestirse con las palabras (los signos como dicen los lingüistas!). El lenguaje es entonces una ofrenda para festejar el agradecimiento de la desnudez vencida. Lo digo tal como mi imaginación del sacrilegio me hace vislumbrar la gran lucha que salió a la luz entre lo sagrado y lo profano el día en que Eva inventó el discurso propagandístico para convencer a Adán de comerse la famosa manzana. El lenguaje es un mito porque nació del mito. El signo lo es gracias al accidente de una imagen mal dominada entre significado y significante. ¡Qué triste es haber derrumbado el azar de la imagen bajo la exigencia del código! El código hizo entrar al Estado en el lenguaje para reprimir la anarquía creadora de las imágenes. Desde entonces sobrevino una cadena lógica de desgracias: el Estado—código inventó para sí mismo una ciencia para sancionar un poder definitivo y hereditario sobre la lengua. Disculpame Saussure, no puedo acusarte totalmente de haber sido el policía de nuestras palabras. A tí también te gustaba jugar con las maravillas del lenguaje; los anagramas fueron tu obsesión secreta, tu gran pasión callada en contra de las exigencias del saber universitario. Querías festejar al lenguaje y la ciencia no quiso participar en este festejo...

Se ha dicho que la lengua era una estructura en contra de su nada y que la articulación de los sonidos formaba su cuerpo. Sin embargo, no se quiso ver que el sonido era la música que este cuerpo se ofrecía para arrullar todas sus sorpresas y todo su misterio. Los sonidos son dionisiacos: juegan con una libertad que se necesitó encerrar para hacer creer que el conocimiento era más elogioso que la contemplación. El lenguaje es un vértigo: el de lo infinito de sus fuerzas lúdicas. El lenguaje juega a ser signo haciendo participar todos sus sonidos y todos sus sentidos en una inmensa e interminable partida de escondidas. Entre /purol/ y /muro/, los sonidos deslizan sus máscaras. Fue necesario que el pensamiento científico —que reprimió, no sé cómo, los viejos sueños de fusión poética y científica de G. Bachelard entre la imagen de la materia y la materia de las imágenes, llamara ésto una "conmutación".

LINGÜISTAS HAGAN SU FIESTA AL LENGUAJE



Es cierto: ésto no tiene ninguna importancia ya que la lengua es arbitraria y que la palabra "conmutación" en todo caso no tiene mas importancia que la de "máscara". Pero, si un día de Carnaval, les digo que se pongan una "conmutación" sobre la cara, seguramente que ustedes lanzarán un pufetazo a mi bella conmutación. ¡Tendré que darles razón, además! El sonido es la caricia que se da la lengua para hacer el amor con el silencio. Hablar es improvisar la imaginación de un lleno para divertirl al vacío. Amo hablar para encontrarme con mis semejantes, con la ternura y con todo el resto sin tener necesidad de saber por qué hablo con fonemas o archi—fonemas. Incluso puedo hablar para decir que aprendan a reirse de algunas de las pretensiones mortales de su ciencia. En cierto sentido, prefiero los tartamudos a los que disertan sobre las grandezas intocables del saber. No hay que olvidarlo: los "saberres" se construyen muchas veces encima de sus propias ignorancias. Se sabe contra lo que se ignora. Es en sí un hecho a lo cual nada se puede reprochar: así es la vida del saber. Pero todo empieza a volverse grave y serio cuando la vida, para defender su saber como una verdad definitiva, impone la muerte en nombre de la defensa ciega de esta vida. Sólo hay saber en la muerte de las verdades. Las verdades no duran más que un día y, para pasar a la Historia, deben aceptar su fin honorable. Así pues los sonidos son la fiesta del lenguaje.

Existe otro invitado aún más molesto en este lugar donde los signos "de construyen" las asfixias epistemológicas de lo que la ciencia quiere decir en su lugar. Es el sentido. Realmente se escurre. Cuando se piensa agarrarlo por este lado, se esfuma por el otro. Cuando se lo alcanza donde huyó, he allí que se refugia en el rincón del cual se lo había espantado. El sentido es cosa de maldición. Es una trampa para las moscas que se creen del tamaño de un elefante o —si ustedes lo quieren— para los elefantes que se quieren hacer moscas. Realmente se escurre el sentido. Se escurre tanto que se ha vuelto indeseable. Dense cuenta, lingüistas, que para resolver sus problemas de incomunicación (¡el colmo de la profesión!) con el sentido, están decididos a erradicar al sentido y a hacerlo desaparecer en las cárceles del exilio científico. Sin embargo, habría sido conveniente hacer una pregunta, nomás una. ¿Y si el sentido tuviera sentido por el hecho de no tener sentido? A lo mejor, el sentido vive plenamente de su no—sentido, como la fiesta. El sentido es el Judas de la lingüística. Quiere defender a la lengua de las pretensiones demasiado exclusivas de esta ciencia. El sentido calla los ecos científicos porque es un abogado que defiende la plenitud del lenguaje. El sentido cuida mucho sus secretos y los preserva de los impudores y las violaciones de los que piensan que todo debe ser conocido para tener derecho al estatus reconocido de su existencia. El sentido tiene piedad de la lengua. Es su aureola protectora. Sé que no ingresaré en los pasos de los santos de la lingüística al

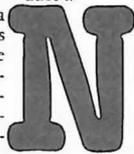
defender las aureolas y la santidad maldita del lenguaje, pero creo que es de gran utilidad tener piedad al lenguaje para ponerlo a salvo del martirio que los lingüistas le hacen sufrir a veces. No les tengamos miedo a las palabras: para salvar al lenguaje, ¡habría que empezar a matar a la lingüística! Por primera vez, este crimen no será un asesinato— queda demostrado de esta forma que las equivalencias semánticas no existen ya que invierten las previsiones lógicas—sino una salvación, un derecho de legítima defensa para recuperar la vida en contra de la asfixia.

Hablemos de la frase ahora. Los lingüistas la concibieron siempre como un tren o una arquitectura. Tratan de encontrar la locomotora, el vagón del combustible, los coches—camas, el vagón postal, los vagones de carga y los pasajeros. La sintaxis es pues, el arte de enganchar los vagones entre ellos. Una vez más, la locomotora se vuelve el verbo o el sujeto, predicado u otra cosa, sin que se sepa muy bien si el tren va a estar bien compuesto a final de cuentas. Los grandes orientadores de la gramática se vuelven muchas veces locos cuando se dan cuenta que el vagón postal encabeza el tren, la locomotora va en medio y quieren saber si el sujeto o el predicado juega a escondititas entre los vagones de carga y la locomotora. En lo que a mí me toca, no tengo ningún inconveniente para que este sujeto o este verbo se llamen vagón de carga o locomotora. Esto me haría recordar los trencitos de mi niñez con los cuales me divertía mucho cuando tuve que aprender a hablar y a poner siempre una locomotora antes del verbo. Mas tarde en la escuela, tuve que saber que el coche cama era el atributo del sujeto y que el vagón postal era un complemento de nombre. Ahora que soy profesor de lingüística y que Chomsky puso un poco de orden en la anarquía de las vías y de los rieles, llamo ésto un "grupo nominal". Todo el mundo me cree y me respeta mucho más que si fuera un empleado de los ferrocarriles nacionales.

A veces, durante los ratos misteriosos de mis noches de sueño con el lenguaje, la frase sigue siendo esta playa desconocida donde mi cuerpo puede dar vueltas y brinco sobre la arena y el deseo de lo que buscaba: el mar y la expresión líquida de la sal. La frase está adelante de mi pensamiento porque la playa es este espacio donde me pongo a correr para sentir que mi cuerpo, protegido por el agua, puede alcanzar y abrazar las estrellas. Hablo en la oración porque esta gran amiga es el terreno de aventuras de todo lo dicho, lo que conozco, lo que voy a actualizar y de todo lo que me queda por decir.

La oración es grande como el mundo. Es la liberación del andar que se agotará antes de haber descubierto todo. Es el camino de la palabra y, ¿quién puede decir el número de senderos que existen en la tierra? ¿Acaso los lingüistas tendrían la pretensión de conocer todos estos caminos? Antes de volverse cartógrafos, defendamos la profesión reconociendo los accidentes de la palabra poética. No hay que olvidar que además de los caminos de lo real, existen los del vértigo. La ora-

ción es terrorífica porque no se queda tranquila frente a la amenaza del vacío. Existe aún un pánico más grande, el del texto. Pregunten a un lingüista lo que piensa del texto, tratando de no insistir demasiado: se podría sentir llevado al borde del suicidio. ¿Una lingüística del texto? Pero ¿de qué se está hablando? Muchos les dirán que ustedes están evocando una lingüística de lo imposible. Y como su ciencia es en parte impotente, quisieran casi negar la importancia del fenómeno. Pero el texto sigue allí, contando las historias de Orfeo y Eurídice, del Llano Solitario, de las leyes de Arquímedes, del genio de Einstein, del derecho romano, de la guerra y de la paz. El lingüista lee ésto y de repente se siente muy molesto porque su lectura se ha vuelto la del común de los mortales. Pierde allí las constancias de su ser, y lejos de avergonzarse por ello, afirma en algunos casos que el texto nada tiene que ver con la lingüística un poco como si el derecho divino no tuviera nada que hacer con Dios! Si la oración es tan grande como el mundo, el texto es tan inmenso como el mundo de los mundos que desconocemos. ¿Existe el atrevido que, aterrorizado ante el miedo a lo inmenso, tenga la pretensión de negar la vía láctea y el cosmos? Borrar los problemas del texto equivale al gesto del astrónomo que, por temor a la profusión de las estrellas, prefiere enfocar su lente hacia una hormiga caminando en el suelo y afirmar que el universo se reduce a



han rebasado todavía muchos lingüistas la observación de la hormiga. Dígalos que el lenguaje es tan inmenso como el universo y verán como les van a dirigir una mirada de incompreensión y de desesperación. Los más inteligentes incluso podrán acusarlos de metafísicos. El lenguaje, según su inquebrantable seguridad, se reduce siempre a hechos positivos. Casi tienen razón: evacúan el misterio al no verlo. Si el misterio impone el silencio del respeto, ¿cómo los lingüistas podrían hablar del silencio?

Es como decir a un albañil que les construya una casa en las nubes. Solo los poetas lo alcanzan. Pero si ustedes les dicen que el silencio también habla, su afirmación provocará seguramente esta pregunta: "¿pero dónde están los fonemas y las unidades semánticas del silencio?"

El lingüista vive la posibilidad que tienen las palabras de vaciarse a sí mismas como una frustración. Tiene la obsesión de verlas absolutamente llenas con algo que él va a codificar para hacer la demostración de lo que quería demostrar. Llenar responde siempre a la seguridad ciega de la materialidad que reclama el científico para poder trabajar. Ningún hombre de ciencia ha trabajado en el vacío (a pesar de que existe una definición científica del vacío —siempre en referencia lo lleno).

Es o me parece una lástima. Propongo que se invente una lingüística del silencio, no para descubrir las leyes de articulación del vacío (lo que haría enmudecer a la lingüística) sino

para mostrar que el silencio es una de las condiciones fundamentales de lo dicho y de la significación (lo que demostraría que la lingüística necesita la muerte de la obviedad de su fortaleza para seguir viviendo). Es cierto que el silencio dice a menudo lo que es imposible decir pero no es ésta la única presencia significativa del silencio. Necesitamos callarnos para poder hablar y la palabra muere siempre en el silencio. El hablante que no se calla, acaba por no decir nada. Así pues, el silencio es la cuna del habla. No hay maternidad de la lengua sin la presencia de una paternidad silenciosa.

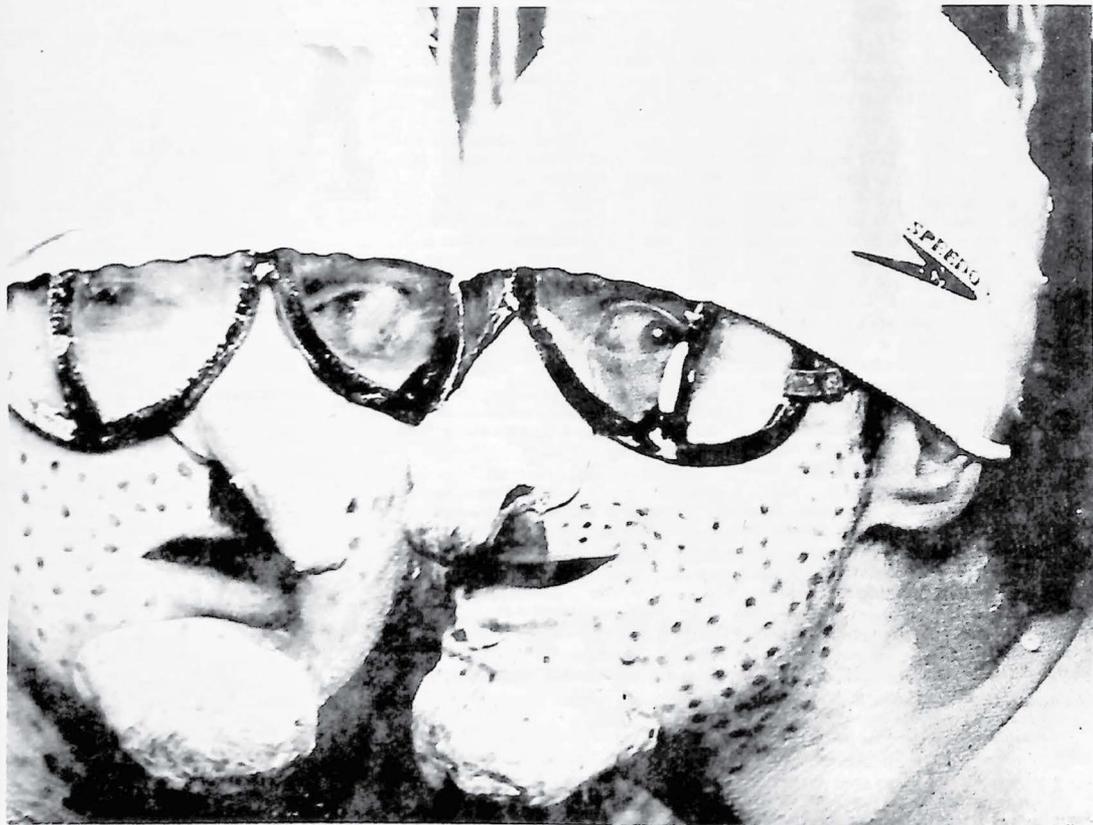
Gritemos hasta quedarnos sin aliento: ni el lenguaje, ni la lengua son sus sistemas de conocimiento y de interpretación. Se creyó que hablar sobre "el cómo y el por qué se habla" iba a ser de una sencillez contundente ya que el objeto del cual se hablaba era justamente aquel que nos sirve para hablar. La ilusión de la realidad de la máscara nos hizo caer en la trampa de la máscara de la realidad. El lenguaje, mientras tanto, se sigue defendiendo tenazmente. Me atrevería a decir que una de sus principales armas de defensa es el haber dejado construirse una multitud de discursos epistemológicos sobre su ser, encontrando en esta oportunidad una buena muralla tras de la cual se esconde para salvar los secretos que quedan por descubrir.

El lenguaje es un maestro en los artificios de la disimulación. Da la tentación del saber a los que pretenden saber y durante este tiempo se va de pintura tranquilamente por aquellos rincones del mundo donde no se podrá hablar del él. Resiste contra los diferentes llenos que se le encuentran, dispersándolos al no decir dónde está el lugar de su unidad. ¿Y por qué no haber pensado nunca en esto: si el lenguaje presenta ofertas para su conocimiento, quién le impide jugar con estas ofertas y burlarse de todos los que la toman en serio?.

La voluntad del saber es siempre un deseo que nos impone el lenguaje pero, para qué confundir nuestros deseos con los suyos? Y quién sabe si el deseo que nos impone no es la mejor pantalla para preservar de alguna manera la libertad de sus otros deseos, el amplio espacio de sus aventuras. Crea nuestros deseos para disfrazar con más eficacia los suyos. La pantalla se llama "sistema de signos" o "proceso de engendramiento". Así, el lenguaje ha sabido encerrarnos en los campos de la ciencia para ir a veranear en los terrenos de lo imaginario, de la poesía y del mito. Matemos los sistemas para volver a encontrar al lenguaje tal como es y no tal como

lo petrifican las teorías. La teoría es casi siempre el cadáver del objeto. Volvamos a encontrar al lenguaje en el rezo o en el rogar (*priere et priere*). Que se me entienda bien: no pido que se rece para encontrar de nuevo al lenguaje. Pido la sorpresa ante el hecho de que el rezo se aprendió por y a través del lenguaje. Rogar o rezar es la petición de la cosa por la palabra. La palabra se vuelve poder imaginario sobre la cosa. Es una voluntad de ser que se formula en el hueco de un silencio y que pesa también por el deseo mágico de un poder de ficción que quiere tomar al poder de la realidad sus apariencias para confiscarlas y destruir así su duplicidad. Hagamos una antropología de la palabra que comprenda la inmensa energía creadora del lenguaje. Cuando el mito se hizo palabra, la palabra se volvió Historia, relato y acontecimiento social al mismo tiempo, Historia de la ficción y ficción de la Historia. En el hueco del silencio estaba el mito que iba a hacer tomar su sentido a la Historia. Es imprescindible una antropología de la palabra para discernir dónde nació la fusión del mito y de la Historia ya que ésta última descansa sobre el mito de nuestra palabra y que nuestra palabra no alcanza la Historia sino en su flujo mítico.

Tal debe ser la frescura de las incertidumbres del mañana de la Ciencia.



DOS LINGÜISTAS HABLAN SOBRE SU CAMPO DE ESTUDIO

por
Raymundo Mier

La enunciación es, en efecto, la arena donde se afrontan los acentos sociales contradictorios. Los conflictos de lengua reflejan los conflictos de clase en el interior de un mismo sistema. La comunicación verbal, inseparable de otras formas de comunicación, implica conflicto, relaciones de dominación, utilización de la lengua por la clase dominante para reforzar su poder, etc. Todo signo es ideológico; la ideología es un "reflejo" de las estructuras sociales; en consecuencia, toda modificación de la ideología implica una modificación de la lengua. Contrariamente a la concepción saussuriana, la variación es inherente a la lengua y refleja variaciones sociales. Si la evolución obedece a veces a leyes internas, está sobre todo regida por leyes externas de naturaleza social. El signo dialéctico se opone a la señal inerte que resulta del análisis de la lengua como sistema sincrónico abstracto. De aquí surge la necesidad de criticar los postulados de Saussure: existe una falla en su propio sistema de oposición lengua/enunciado, sincronía/diacronía.

El cuestionario del padre de la lingüística, sin embargo, ha dejado, por así decirlo, "huérfana" a esta ciencia. De allí que nuestros propios lingüistas sientan la necesidad — como los ángeles después de la muerte de Dios— de reconsiderar su función, su utilidad, sus vías de trabajo. De esta meditación, a veces contradictoria, a veces subjetivista, a veces furiosamente vital, irán surgiendo nuevos lineamientos que logren renovar una ciencia en crisis.

1.— Líneas y bordes "La misma lingüística, un poco como la economía (y la comparación no puede ser insignificante), está en vías, me parece, de estallar por desgarramiento: por una parte sufre una atracción hacia el polo formal, y, siguiendo esa pendiente, como la economía, se formaliza cada vez más; por otra parte, va acumulando contenidos cada vez más numerosos y cada vez más alejados del campo original; asemejándose al objeto económico, el objeto de la lingüística carece de límites: la lengua, según la intuición de Benveniste, es lo social mismo".¹

Objeto proliferante el de la lingüística, ubicuo y sin límites, donde se cristalizan lentamente los cuerpos que el lenguaje traspasa: todo puede encontrar su propio destello en el hecho lingüístico, su superficie atraviesa todos los silencios. Demasiado pobre para dar explicación a todas las incertidumbres que lo cruzan, demasiado amplio para encontrar formas de respuesta ubicadas bajo el dominio de un impulso explicativo, unificado y coherente, el objeto se desmembra, las regularidades de este cristal se resquebrajan. La realidad de los hechos lingüísticos y la producción del sentido reventan las aristas: las ausencias ya no cicatrizan. Los soportes, los agentes, aquello que hace posible la existencia del lenguaje, recuperan su centro y su indeterminación; también se habla desde el propio cuerpo.

Si por algún momento la lingüística buscó prescindir del sujeto para encarar con rigor un objeto cada vez más imaginario, hoy los bordes y el atardecer del sistema lingüístico lo engloban, lo atraen hacia sí. Pero es inútil. Este sujeto que la lingüística llama es un sujeto inexistente, un sujeto cuya extrañeza no puede sino hablar por otras lenguas, por otros cauces: la vía para la incorporación del sujeto no es ya la lingüística.

Sin embargo, esta tentativa aparece aún, insistente, dibujando el perfil de una figura que no existe y que no puede sino representar la instancia de legitimación para un conjunto de postulaciones arrogantes y sordas; la lingüística entonces se inventa un sujeto, un lugar desde cuya inmanencia sea capaz de constituirse finalmente como "ciencia". El sujeto que emite las proposiciones, el sujeto que irrumpe a través de la enunciación en el tiempo de los otros, no puede ser borrado; pero puede aparecer bajo la vestimenta de un dispositivo: lugar y asiento de la construcción sistemática, el ingenio cibernético, la simulación formal. Máquina y cuerpo: dispositivos cuya identidad se disimula mal ante el advenimiento del simulacro. Las máquinas, hoy, también aprenden, modifican sus conductas; hoy, las máquinas también hablan desde lugares dispersos. Basta fijar el juego de la similitud, la paradoja de la identidad que se desdobra, el regreso irreprimible de lo mismo. La tabla de salvación para un discurso que ha podido encontrar su cumbre y su silencio a través de la negación del sujeto es —¿quién lo duda?— un regreso hacia el sujeto. —Este se convierte entonces en una opacidad cuyo testimonio formalizado es la probabilidad incalculable, nula, de la emisión de una frase determinada en un contexto-ocurrencia cualquiera: nuevo objeto, la creatividad, que habrá de colmar al sujeto lingüístico, dándole nombre y lugar, alma y presencia. Pareciera que la existencia discursiva de este objeto bastaran para devolver al sujeto el espesor que ha perdido en el paso paulatino a un silencio cuyo eco carcome desde dentro todas las edificaciones, todos los discursos: las palabras son, han sido para la lingüística, el erial donde sólo es posible la germinación de la afasia.

MASCARAS, FORMULAS Y REPRESENTACIONES